

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Diciembre del 2000

19

II Epoca

MAX WEBER: SOCIOLOGIA Y POLITICA

Las dos caras de la
administración burocrática
en la obra de Max Weber
César Colino y Eloísa del Pino

Weber en la interpretación
del populismo en América
Latina
Nicanor Jácome

La humanidad de Max Weber
Enzo Rutigliano

Max Weber y la sociología como
crítica valorativa
Julio Echeverría

Max Weber: modernidad,
racionalización y política
Rafael Romero

Ciencias Sociales

Revista de la Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Director:

Julio Echeverría

Comité Asesor:

Hans Ulrich Bünger

Leonardo Espinoza

Joaquín Hernández

Nicanor Jácome

César Montúfar

Alejandro Moreano

Rafael Quintero

Carlos Tutivén

Consejo Editorial:

César Albormoz

Milton Benítez

Alfredo Castillo

Pablo Celi

Manuel Chiriboga

Mauricio García

Daniel Granda

Gonzalo Muñoz

Alicia Ponce

Napolcón Saltos

Mario Unda

Silvia Vega

Marco Velasco

Fundada en 1976
por Rafael Quintero

Las ideas vertidas en los artículos de esta publicación son responsabilidad de sus autores y no corresponden necesariamente a los criterios de esta Revista. La Revista Ciencias Sociales no se compromete a devolver los artículos no solicitados.

Para correspondencia dirigirse a:
Escuela de Sociología y Ciencias Políticas
Universidad Central del Ecuador
Ciudadela Universitaria
Teléfono (5932) 558847
Fax (5932) 565822
Correo electrónico: jechever@uio.satnet.net

Esta Revista se publica con el auspicio del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales ILDIS

Impreso en:

 EDITORIAL
UNIVERSITARIA

2001

Max Weber: modernidad, racionalización y política

Rafael Romero*

Sumario

El autor nos presenta una lectura sugerente de la obra de Weber. Teórico de la modernidad, agudo indagador de sus causas y de sus consecuencias, Weber se nos presenta como un pensador riguroso y original, enfrentado a la tensión de una racionalidad que él contribuye a descifrarla, pero en la cual a menudo se siente atrapado; esta visión define al pensamiento de Max Weber como un seguro referente para entender los desenlaces de la modernidad tardía, y su expresión en los debates de la teoría social contemporánea.

Punto de partida

El mundo moderno nace a partir de un ejercicio continuo de crítica y aniquilación de la tradición: lo moderno se afirma en cuanto negación de un orden social cuyos fundamentos de corte irracional, tradicional o religioso impedían al hombre el ejercicio pleno de su libertad. La modernidad se presenta como afirmación de una experiencia histórica determinada: la destrucción del orden precedente. Modernidad que es, ante todo, crítica, destructiva, desencantadora. En la constitución de un sujeto racional, la modernidad encuentra su eje articulador. Será este sujeto quien, con las armas que la razón le proporciona, construirá un mundo de luz, libre de las sombras de la tradición. Es en el paso de la Sociedad Tradicional a la Sociedad Moderna, en donde este sujeto racional se

afirma históricamente y, por tanto, es en esta transición en donde encontramos las estructuras fundamentales del mundo moderno, de la cultura moderna. Max Weber, sociólogo alemán de finales del siglo XIX e inicios del XX, es quizá uno de los pocos pensadores que comprendió con sobriedad la constitución de la cultura moderna occidental a partir de esta transición, no sólo en su interpretación causal sino en las implicaciones que para la vida social, política y cultural tendría la consolidación de la sociedad moderna occidental.

El gran intento de Weber consiste en comprender a la sociedad occidental moderna a partir de su constitución histórica. Por ello, su énfasis particular en establecer las condiciones históricas, sociales políticas y culturales concretas que posibilitaron el surgimiento de la cultura moderna en occidente y no en otra parte. Será el paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, es decir, el paso de un sistema o principio de organización social basado en valores y creencias míticas, religiosas o tradicionales hacia un sistema social cuyo principio de organización encuentre en la razón su valor fundamental, y las condiciones histórico sociales concretas que permitieron este paso, el centro de atención de las reflexiones weberianas. Ello nos conduce a reconocer una de clave de lectura frente a los escritos weberianos; escritos que en más de una ocasión se han percibido como refutaciones a las interpretaciones marxianas de la realidad histórico-social. Weber, de forma esquemática, ha sido calificado como el Marx burgués, cuando en realidad elaboró sus reflexiones en un continuo diálogo con Marx y el marxismo. Mirar a Weber como un refutador del marxismo a secas significa perder la riqueza de su pensamiento, pues sus reflexiones, más que argumentos en contra de las interpretaciones marxistas, resultan de un sobrio diálogo con Marx y el marxismo, pues “la principal característica de la obra total de su vida se modeló en sus polémica con Marx; y de los que recogieron el desafío de Marx, Weber fue quizá el más grande. [...] De lo que Weber se ‘apartó’ fue del marxismo vulgar y dogmático, como, en verdad, también Marx se apartó. La posición que aquí adoptamos (a la cual me suscribo) es que no debe interpretarse la obra de Weber como un repudio de los principios metodológicos de Marx, sino como un ‘redondeamiento’ y una complementación de su método”.¹

1. Irving, Zeitlin, *Ideología y teoría sociológica*, Argentina, Amorrortu editores, 1970, Quinta reimpresión, 1982, págs. 127-128.

Necesidad de una epistemología

En el esfuerzo por comprender la cultura occidental moderna, sus causas y consecuencias históricas y culturales, Weber construye no sólo una visión de la modernidad, sino una epistemología de las ciencias sociales que le permita fundamentar sus apreciaciones. De esta obligación de integridad intelectual nos dan cuenta los recuerdos de uno de sus discípulos, Paul Honigshem: "Weber me dijo una vez: 'Muy bien, pero el hombre que desea ser llamado filósofo está obligado, cuando menos, a construir una epistemología como fundamento de sus afirmaciones: entonces se verá si es un filósofo o no'".² Es necesario, por tanto, revisar algunos elementos claves de la epistemología weberiana; revisión que nos permitirá comprender con mayor amplitud las reflexiones de Max Weber en torno a la sociedad moderna occidental.

Uno de los grandes temas que atraviesa, no sólo la epistemología weberiana, sino el conjunto de su obra, consiste en la diferenciación entre actividad científica y actividad política. La ciencia no se encuentra llamada a justificar tal o cual valor sobre los demás, tampoco se encuentra en capacidad de apostar por un proyecto político definido. Esto es propio de la política y del político. Al contrario, la ciencia debe responder al principio de "neutralidad valorativa", pues, al no estar en posibilidad de emitir juicios de valor, sino juicios de hecho, no puede decir lo que debemos hacer, pero sí puede mostrar las consecuencias de tal o cual acción: "Una ciencia empírica no puede enseñar a nadie qué *debe* hacer, sino únicamente qué *puede* hacer y, en ciertas circunstancias, qué *quiere* hacer".³ De esta forma, la sociología se constituye en "una ciencia [empírica] que pretende entender, interpretándola, la acción social para de esta manera explicarla causalmente en su desarrollo y efectos".⁴ La ciencia no busca legitimar posiciones éticas y políticas determinadas, sino descubrir el valor o los valores que informan al mundo, comprender los fenómenos histórico-sociales en sus causas y consecuencias y, al hacerlo, procura mantener la frialdad propia que exige el sentido de la "neutralidad valorativa"⁵ como componente de una ciencia empírica,

2. Paul Honigshem, *Max Weber, Apuntes sobre una trayectoria intelectual*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1977, pág. 35.

3. Max Weber, *Ensayos sobre metodología sociológica*, Argentina, Amorrortu editores, 1973, 4° reimpresión 1993, pág. 44.

4. Max Weber, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2° ed, 1964, 1° reimpresión, Colombia, 1997, pág. 5.

5. Cf. Max Weber, *Ensayos sobre...*, revisar el ensayo titulado: "El sentido de la neutralidad valorativa de las ciencias sociológicas y económicas" (1917).

que construye sus conceptos y generalizaciones a partir de datos histórico-sociales.

La realidad empírica se presenta, a los ojos de la epistemología weberiana, como caos empírico y politeísmo de valor. Vacía de sentido, la realidad empírica lo adquiere en cuanto el hombre le otorga valor. El mundo de la cultura es, por tanto, el mundo de la lucha de los hombres, no sólo por asegurar su supervivencia material, sino también social y cultural. El hombre busca asegurar su existencia al otorgar sentido y orden al mundo, y lo hace bajo condiciones histórico-sociales determinadas. No existe un sentido y una racionalidad única que subyace e informa las acciones y los productos humanos; la historia no es el despliegue de una razón universal, sino la afirmación de un sentido determinado gracias a condiciones históricas concretas. Cada momento histórico aparece como "una individualidad histórica, esto es, un complejo de conexiones en la realidad histórica que nosotros agrupamos conceptualmente en un todo, desde el punto de su significación cultural".⁶ No se trata, como muchos han querido ver, de un determinismo cultural de la realidad histórico-social. En su permanente diálogo con Marx, Weber reconoce la importancia de las acciones económicas, sin embargo, señala la necesidad de diferenciarlas de otro tipo de acciones: junto a procesos o instituciones económicos, en la realidad social nos encontramos con fenómenos económicamente pertinentes y fenómenos económicamente condicionados.⁷ Junto a ello, su constante revisión de la historia y la economía nos revela a un pensador que va más allá de un simple determinismo cultural.

De lo que se trata es de comprender que la realidad social se arma como un complejo de conexiones que en un momento histórico determinado posibilitaron una configuración histórica, social, política y cultural concreta y no otra. El que a este complejo de conexiones se los ordene conceptualmente desde el punto de vista de su significación cultural tiene que ver más con la elaboración de tipos ideales como instrumentos heurísticos para la comprensión de la realidad, que como reflejo de la misma; comprensión que se encuentra atravesada por la necesidad de indagar por el conjunto de condiciones, tanto históricas como sociales, económicas, culturales y políticas que la informan. De esta manera, Weber rechaza todo determinismo, pues la realidad histórico-social no tiene un elemento causal explicativo determinante, sino un conjunto de elemen-

6. Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 13ª edición, 1994, pág. 41.

7. Cfr. Weber, *Ensayos sobre...*, op. cit., págs. 53 -54.

tos condicionantes. Las reflexiones de Weber sobre la cultura y la historia se hallan informadas por este multicausalismo epistemológico, a partir del cual logra comprender no sólo una individualidad histórica determinada gracias a sus condicionantes causales explicativas, sino que le es posible señalar los posibles desarrollos y consecuencias de un determinado proceso histórico-social. Es desde estas premisas básicas desde donde Weber piensa el paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna y elabora una comprensión de la cultura occidental moderna, de sus instituciones y funcionamiento, y de sus posibles desarrollos y consecuencias.

Weber: modernidad y racionalización

El mundo moderno se levanta sobre un gran proyecto, cuyos inicios los podemos ubicar en el renacimiento italiano del siglo XIV y su formulación más clara en el llamado siglo de las luces, el XVIII. El hombre se presenta como el centro del mundo y como ser perfectible a través del uso de su razón. En el ejercicio de esta razón, el hombre logrará romper las cadenas que lo atan y alcanzar su completa libertad. La sentencia de Kant, según la cual la edad moderna significa el ingreso en la edad adulta de la humanidad, no es otra cosa que la exaltación de la razón como vehículo para alcanzar una vida social plena. De esta forma, la modernidad aparece como movimiento crítico, destructor de todas las instituciones que impiden al hombre vivir en libertad y que, por tanto, son irracionales. Es necesario hacer tabla rasa de todo lo anterior, de aquella situación de oscuridad que impedía al hombre ser dueño de su propio destino. Atrapado por fuerzas que le excedían, que le dominaban, el hombre logrará su liberación gracias al empleo de su razón. Sólo entonces podrá alcanzar su felicidad, salir de su situación de esclavitud hacia la libertad, de las sombras hacia la luz, de su infancia hacia la madurez.

El mundo moderno se presenta como el mundo del progreso y la razón. Se trata de una razón conquistadora, crítica e instrumental; una razón que coloniza la experiencia vital y pone al hombre en una nueva posición frente al mundo: el dominador. El hombre moderno se alimenta de la voluntad de comprender el comportamiento y funcionamiento del mundo para dominarlo, pues el saber le brinda la posibilidad de control: saber es poder. Se forja el sujeto moderno: un sujeto que conoce a un objeto para controlarlo. Fragmenta y diferencia la realidad social: economía, política, cultura. En su *Discurso del Método*, Descartes delinea esta nueva actitud del hombre frente al mundo: un sujeto que conoce y

que para conocer, analiza, descompone el todo en sus partes, para luego volver a armarlo, reconstruirlo, devolverle su totalidad; pero ya no se trata de una totalidad vivida, sino conocida, sujeta, atrapada por la razón; inteligible, clara y distinta de otras totalidades; es el juego del análisis y la síntesis, de la descomposición y la composición; es el rompecabezas. Su deleite está en la autopsia de los cuerpos, en su manipulación, en su control, en el poder que ejerce sobre ellos. La naturaleza ya no se presentará más como un conjunto de fuerzas que lo determinan, dejará su lugar de dominante para pasar a ser dominada, controlada y orientada en beneficio del hombre, de su libertad y felicidad: "La modernidad ha dejado de ser cambio puro, sucesión de acontecimientos; es difusión de productos de la actividad *racional*, científica, tecnológica, administrativa".⁸

Para Weber, la constitución del mundo moderno se encuentra informada por un proceso de "intelectualización y racionalización crecientes [que] no significan, pues, un creciente conocimiento general de las condiciones generales de nuestra vida. Su significado es muy distinto; significa que se sabe o se cree que en cualquier momento en que se *quiera* se puede llegar a saber que, por tanto, no existen en torno a nuestra vida poderes ocultos e imprevisibles, sino que, por el contrario, todo puede ser *dominado mediante el cálculo y la previsión*. Esto quiere decir simplemente que se ha excluido lo mágico del mundo. [...] Tal es, esencialmente, el significado de la intelectualización".⁹ Se trata, por un lado, de la posibilidad de controlar y organizar al mundo a través la razón, del cálculo y la previsión, y, por otro lado, de la expulsión de lo mágico, un desencantamiento del mundo, una secularización continua. Estos dos procesos implican un tercero: el establecimiento de nuevos valores que rigen al mundo, valores que giran alrededor de la razón como fundamento de la acción humana. Así, el mundo moderno se genera a partir de estos procesos de racionalización y secularización crecientes, procesos que no se hallan separados sino que se implican el uno con el otro. Frente a este mundo que se organiza a partir de una razón que todo lo atrapa y lo domina, que exige el incesante cambio y la innovación, Weber se pregunta por su sentido: "cabe preguntarse si todo este proceso de desmagificación, prolongado durante milenios en la cultura occidental, si todo este 'progreso' en el que la ciencia se inserta como momento

8. Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2ª edición, 1993, pág. 23.

9. Max Weber, *El científico y el político*, Trad. Francisco Rubio Llorente, Madrid, Alianza Editorial, 1967, págs. 199-200.

integrante y fuerza propulsora, tiene algún sentido que trascienda de lo puramente práctico y técnico”.¹⁰ Es en la respuesta a este cuestionamiento en donde Weber se mostrará como crítico de la cultura occidental moderna, pues verá que su desarrollo generará una suerte de “jaula de hierro” que conducirá a este sujeto dominador y constructor de su propio destino, en esclavo de sus obras, en simple reproductor de procedimientos: dejar de ser sujeto constructor para pasar a ser sujeto sujetado, sin espíritu ni corazón.

Estos procesos de racionalización y secularización crecientes se concretizan históricamente en Occidente bajo la forma capitalista: “el pensamiento de Weber corresponde, pues, no a una definición general de la modernidad, sino al *capitalismo*, forma económica de la ideología occidental de la modernidad, concebida como ruptura y tabla rasa”.¹¹ El desarrollo del capitalismo racional será el rasgo específico de la modernidad occidental, pues se presenta “como un aspecto de un proceso histórico mucho más amplio y general de Occidente: la racionalización”.¹² Uno de los nudos temáticos que marcan la obra de Weber gira en torno a la pregunta del por qué aquí y no en otra parte se desarrolló el capitalismo racional, tal como él lo entendía, es decir, como una forma de organización económica racional y lucrativa, que establece y exige de “una organización racional del trabajo”, “la supresión de las barreras existentes entre economía interior y exterior [...], la penetración del principio mercantil en la economía interior y la organización del trabajo sobre esa base” y “la organización empresarial del trabajo”,¹³ lo que lo llevó a comprender los rasgos que informan y caracterizan a la cultura occidental moderna y que, en un momento histórico determinado, posibilitaron el surgimiento del capitalismo moderno: la presencia de un Estado en el moderno sentido de la palabra; el derecho moderno racional, es decir, calculable; la constitución del ciudadano; la ciencia y técnica racional; una ética racional de la existencia; separación de los medios de producción del trabajador; contabilidad racional del capital; libertad mercantil, libertad de tráfico; fuerza de trabajo libre como mercancía.

El capitalismo racional moderno, propio de Occidente, al ser la concretización histórica de un proceso mucho más amplio, de carácter

10. Ibid., pág. 200.

11. Alain Touraine, op. cit., pág. 44.

12. Irving Zeitlin, op. cit., pág. 157.

13. Max Weber, *Historia económica general*, trad. Manuel Sanchez Sarto, México, Fondo de Cultura Económica, 1942, págs. 265-266.

cultural, no se reduce a una forma de reproducción económica, sino que exige de la imposición de nuevas normas de conducta social. La acción que permitirá el funcionamiento del sistema, es una acción de tipo racional, es decir, que “sopese racionalmente los medios con los fines, los fines con las consecuencias implicadas y los diferentes fines entre sí”.¹⁴ Se trata de la exigencia de una razón que esté en capacidad de proporcionar al actor un cálculo de las posibilidades reales de alcanzar sus fines a través de los medios más adecuados y de prever las posibles consecuencias de sus acciones. Acompaña a esta razón de tipo instrumental, una ética de la responsabilidad que “ordena tener en cuenta las *consecuencias* previsibles de la propia acción”,¹⁵ frente a una ética de la convicción. La racionalización de la conducta como soporte para el funcionamiento de la forma de producción capitalista no se limita a ella, sino que la excede, es un proceso cuyas implicaciones no se restringen al ámbito de la economía, sino que se extiende y abarca a todas las esferas de la vida social, tal como Anthony Giddens nos lo recuerda a propósito del pensamiento de Weber: “El carácter esencial del capitalismo se encontraba no en la relación de clase entre el trabajo asalariado y capital, sino en la orientación racional de la actividad productiva. El proceso de ‘separación’ del trabajador de los medios de producción constituía únicamente una instancia del proceso de racionalización de la conducta que avanzaba en todas las esferas de la sociedad moderna. Este proceso, que daba lugar a la especialización burocrática, era un proceso irreversible”.¹⁶

La racionalidad creciente que informa la constitución del capitalismo racional moderno, y de la misma cultura occidental moderna, encuentra su impulso en una fuerza de carácter irracional. En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Weber rastrea la influencia de la ética protestante, de forma particular la calvinista, en la generación del capitalismo. Muchos han querido ver en ese estudio una visión idealista, culturalista, de la génesis del capitalismo, en oposición a una visión de corte materialista. Frente a ello, el mismo Weber nos recuerda, al final de su obra, que “nuestra intención no es tampoco sustituir una concepción unilateralmente ‘materialista’ de la cultura y la historia por una concepción contraria de unilateral causalismo espiritualista. Materialismo y espiritualismo son interpretaciones igualmente posibles, pero como

14. Max Weber, *Economía y sociedad*, op. cit., pág. 21.

15. Max Weber, *El político y el científico*, op. cit., pág. 164.

16. Anthony Giddens, *Política, sociología y teoría social*, Trad. Carles Salazar Carrasco, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S. A., 1° edición, 1997, págs. 44-45.

trabajo preliminar; si, por el contrario, pretenden constituir el término de la investigación, ambas son igualmente inadecuadas para servir a la verdad histórica".¹⁷ Para Weber, la ética protestante dio un impulso irracional, al provenir de convicciones de naturaleza religiosa, a las formas de conducta racional ligadas a la generación del capitalismo: "la importancia del calvinismo y de otras ramas del protestantismo ascético, tal y como Weber dejó bien claro en *La ética protestante*, no radica en el hecho de que 'causaran' la aparición del capitalismo moderno, sino en que proporcionaron un ímpetu *irracional* a la búsqueda disciplinaria de beneficios monetarios en el marco de una 'vocación' especificada; y por tanto dejaron las puertas abiertas al desarrollo posterior de diferentes tipos de racionalización de las actividades estimuladas por la voraz expansión del capitalismo".¹⁸ Frente a la predestinación propia del protestantismo, el único signo que el hombre tenía para estar seguro de su salvación, era su obrar constante. El trabajo constituía la fuente de certeza de si se está predestinado o no a la salvación. Esta misma ética se mantiene en el capitalismo, pero vaciada de contenido: impulsa la racionalidad exigida por un trabajo eficiente, pero ya no es signo de salvación. El hombre moderno se entrega al trabajo como a su vocación específica; es el trabajo continuo y eficiente lo que definirá la actuación en el mundo del hombre moderno, que ya no podrá detenerse ni descansar, sino es para reponer sus fuerzas desgastadas en el proceso productivo. Pero ya no verá en el trabajo el signo de su salvación, sino su sentido de ser, su condena: el trabajo por el trabajo.

La racionalización que informa la constitución de la modernidad adopta en occidente una forma muy específica que se extiende, no sólo a nivel de la economía y la política, sino a todos los ámbitos de la realidad social. La búsqueda de la eficiencia a través del cálculo y la previsión posibilitan, en el campo de la economía, la generación de un capitalismo racional moderno propio de Occidente que se fundamenta, no sólo en la separación del trabajador, considerado éste como fuerza de trabajo, como mercancía, de los medios de producción, sino también en la diferenciación entre el empresario, el cuadro administrativo y el proceso productivo mismo. Este cuadro administrativo será el encargado de ordenar, dirigir y controlar los procesos productivos con el fin de hacerlos cada vez más eficientes. Esta situación propia del capitalismo racional moderno se configurará como la condición para el surgimiento de una nueva rama del saber, ya no vinculado de forma exclusiva a la esfera públi-

17. Max Weber, *La ética...*, op. cit., págs. 261-262.

18. Anthony Giddens, *Política, sociología ...*, op. cit., pág. 51.

ca, sino a la de los intereses privados; aparecen, entonces, las ciencias administrativas y el administrador profesional. Una nueva elite: los tecnócratas. Pero este proceso no se circunscribe a lo económico, sino que encuentra su correlato en lo político.

El Estado racional moderno

En “El científico y el político”, Weber describe este proceso como concomitante al surgimiento del Estado Racional Moderno. El Estado Moderno, como una organización política, se caracteriza por ser “una empresa de dominación”¹⁹ que reclama para sí el uso legítimo de la violencia física como medio específico. Esta empresa requiere, para su funcionamiento, de un cuadro administrativo, de una burocracia. Bajo estas condiciones, Weber diferencia entre el político que vive para la política y el que vive de la política, el funcionario. El primero se entrega a una causa, apuesta por un proyecto político, por un ideal; el segundo, capacitado en base a un saber profesional especializado, responde a los requerimientos de las tareas burocráticas, administrativas, propias del Estado o de los partidos políticos.

A partir del concepto de dominación, Weber da cuenta de los mecanismos que regulan el orden social. En Weber, poder y dominación no son dos conceptos equivalentes: el primero consiste en la “posibilidad de imponer la propia voluntad sobre la conducta ajena”, mientras que “la dominación puede presentarse en las formas más diversas”.²⁰ La dominación aparece como un concepto más preciso que hace referencia a “la probabilidad de encontrar obediencia dentro de un grupo determinado para mandatos específicos [...] No es, por tanto, toda especie de probabilidad de ejercer ‘poder’ o ‘influyo’ sobre otros hombres”.²¹ La dominación requiere de “un determinado mínimo de *voluntad* de obediencia, o sea de *interés* (externo o interno) en obedecer [y de] un *cuadro* administrativo”.²² Toda relación de dominio implica el ejercicio de la autoridad por parte del dominador y de la obediencia por parte de los dominados, quienes han asumido como máxima de su conducta el contenido de los mandatos. Pero toda relación de dominio se fundamenta en un conjunto de creencias que legitiman una determinada forma de dominación.

19. Max Weber, *El científico y el político*, op. cit., pág. 87.

20. Max Weber, *Economía y sociedad*, op. cit., pág. 696.

21. *Ibid.*, pág. 170.

22. *Ibid.*, pág., 170.

Estos principios de legitimidad condicionarán el tipo de obediencia, la estructuración del cuadro administrativo requerido para la dominación y el ejercicio de la dominación misma.

Weber diferencia tres tipos puros de dominación legítima: la dominación racional-legal, que se fundamenta en la legalidad de las ordenaciones estatuidas y en los derechos de mando de quienes ejercen la autoridad otorgados por estas ordenaciones; la dominación tradicional, que se apega a la santidad de la tradición, y la dominación carismática, que se entrega a la creencia en la santidad, heroísmo y ejemplaridad de una persona concreta: el caudillo, calificado carismáticamente, junto con las ordenaciones creadas o reveladas por él. La forma específicamente moderna de dominación consiste en la dominación legal con administración burocrática. Es necesario recalcar que Weber realiza un análisis de los tipos ideales, puros conceptualmente, de las formas de dominación, no siempre presentes de forma pura en la realidad. Por ello, más que una realidad histórico-social concreta, la dominación racional con administración burocrática debe ser vista como una tendencia, como una posibilidad de desarrollo de los procesos de racionalización que informan a la vida social, política y cultural moderna.

La cultura occidental moderna promueve el ejercicio de la dominación racional y la formación de una estructura administrativa burocrática necesaria para este ejercicio. Si bien las estructuras burocráticas no son exclusivas de la modernidad occidental –su presencia se registra también en formaciones socioeconómicas de Oriente anteriores a la modernidad, como en Egipto y China–, lo que se registra como propio del Occidente Moderno es la articulación de burocracias racionales que mantienen y regulan los ordenamientos sociales. El Estado Moderno será un Estado Racional Burocrático cuyos principios de legitimidad, es decir, de aceptación del dominio de la autoridad legal, consisten en:

1. “que todo derecho, ‘pactado’ u ‘otorgado’, puede ser *estatuido* de modo racional [...] con la pretensión de ser respetado, por lo menos, por los miembros de la asociación”;
2. “que todo derecho según su esencia es un cosmos de *reglas* abstractas, por lo general instituidas intencionalmente; que la judicatura implica la aplicación de esas reglas al caso concreto”;
3. “que el soberano legal típico, la ‘persona puesta a la cabeza’, en tanto que ordena y manda, obedece por su parte al orden impersonal por el que orienta sus disposiciones”;

4. "que [...] el que obedece sólo lo hace en cuanto *miembro de la asociación* y sólo obedece 'al derecho'";
5. "que los miembros de la asociación, en tanto que obedecen al soberano, no lo hacen por atención a su persona, sino que obedecen a aquel orden impersonal; y que sólo están obligados a la obediencia dentro de la *competencia* limitada, racional y objetiva, a él otorgada por dicho orden".²³

Será la creencia en la superioridad de la razón y del derecho racional abstracto, en su objetividad e impersonalidad en la regulación de los conflictos, en su capacidad de establecer ordenamientos sociales racionales, frente a otras fuentes de legitimidad como la tradición y el carisma, lo que informará y fundamentará la validez y legitimidad del dominio racional burocrático propio del Occidente Moderno.

La "jaula de hierro": metáfora de la burocracia moderna

La formación de una burocracia racional se presenta como el instrumento más eficaz en el ordenamiento de una sociedad que no sólo se dilata de forma cuantitativa y extensiva, sino que responde a las "crecientes exigencias administrativas motivadas por la complicación cada vez mayor de la cultura";²⁴ la burocratización se impone como necesaria frente a la complejización creciente de la vida social, económica, política y cultural. La burocracia racional se configura bajo la rúbrica de la modernidad occidental, producto de esa racionalización y secularización crecientes que la alimenta; nos muestra a ese sujeto moderno que en el uso de su razón constituye los mecanismos necesarios para la administración de su vida, liberándose así de aquellas fuerzas de tipo irracional, míticas, religiosas, tradicionales o carismáticas, que ordenaban su vida y su destino.

La razón decisiva para el progreso de la organización burocrática consiste en su superioridad técnica sobre otras formas de organización, pues presenta las mismas ventajas de una máquina frente a los procesos no mecánicos de producción; se trata de un instrumento de precisión que puede ponerse al servicio de los más variados intereses, por lo que se presenta no sólo en la organización de la estructura del Estado Moderno, sino en la empresa capitalista y en cualquier asociación de finalidad

23. Ibid. págs. 173-174.

24. Ibid. pág. 729.

utilitaria. Esta “máquina” burocrática, como muchas veces Weber la presentó, supone una distribución fija y metódica de tareas, ordenadas de forma jerárquico–funcional, que implica un sistema de puestos y cargos, y un funcionamiento continuo en base a reglas abstractas, objetivas, impersonales. Quien participa en la burocracia, el funcionario, accede a cada uno de estos puestos, a través de un contrato y en base a una calificación de su capacidad profesional especializada, pues cada tarea exige de un saber técnico-especializado. El cargo se convierte para el funcionario en su profesión y lo ocupará bajo la aceptación de un deber específico que tiene que cumplir de forma disciplinada, sin pretender un derecho de posesión del mismo. A cambio recibirá una remuneración fija en relación a sus funciones determinadas y, muy eventualmente, por el tiempo de duración en el cargo, con la posibilidad de ascenso en los cargos ordenados de forma jerárquica, por ello hace de la burocracia su carrera. El hecho de que el funcionario sea aceptado a ejercer un cargo en la maquinaria burocrática a partir de su saber técnico–profesional, nos hace ver que la burocratización impulsa la nivelación estamental, una nivelación jurídica que expulsa todo privilegio; sin embargo, al participar de la burocracia como estructura de dominación, el funcionario moderno, tanto público como privado, pretende y disfruta, frente a los dominados, quienes no son parte de la estructura burocrática, de una estima estamental específicamente realzada que llega a compensar su anhelo de superación económica.

La norma, la finalidad, el medio, la impersonalidad objetiva, dominan la conducta de la burocracia moderna convirtiéndola en la forma más racional de ejercer dominio gracias a su precisión y continuidad, disciplina y rigor, confianza y calculabilidad, intensidad y extensión en el servicio, aplicabilidad formalmente universal y susceptibilidad técnica de perfección. Así, la burocracia, “su peculiaridad específica, tan bienvenida para el capitalismo, la desarrolla en tanto mayor grado cuando más se ‘deshumaniza’, cuanto mas completamente alcanza las peculiaridades específicas que le son contadas como virtudes: la eliminación del amor, del odio y de todos los elementos sensibles puramente personales, de todos los elementos irracionales que se sustraen al cálculo”.²⁵

Esta racionalización de la conducta se extiende a todas las esferas de la vida social y se presenta como progreso del racionalismo. En las reflexiones de George Simmel sobre el tercer a priori de la vida social,²⁶

25. Ibid. pág., 732.

26. Revisar: Georg Simmel, *Sociología 1*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

sobre aquellas condiciones dadas en virtud de las cuales es posible la sociedad, señala que la sociedad se presenta a la experiencia, fuera de sus contenidos históricos, como una estructura de puestos y funciones que son ocupados por los individuos; el individuo logra vivir en sociedad cuando encuentra su "puesto" en esta totalidad funcional. Esta relación entre el individuo y la sociedad encuentra su mayor expresión en la categoría moderna de profesión, marcada por la diferenciación personal y la división racional del trabajo. Así, ve en las estructuras burocráticas el reflejo de la sociedad: "Esta imagen de la sociedad encuentra una analogía en miniatura, infinitamente simplificada, y por decirlo así, estilizada, en la burocracia, que consiste en un orden determinado de 'puestos', de funciones, que independientemente de quien en cada caso las desempeñe, producen una conexión ideal; dentro de ésta, cada relación llegado halla un sitio claramente demarcado, que, por decirlo así, le estaba esperando, y con el cual tiene que armonizar sus aptitudes".²⁷ Estas consideraciones nos llevan a ver en la burocracia racional moderna un espejo, reflejo de la sociedad y la cultura que la produjo: la sociedad moderna occidental.

Los procesos de racionalización y secularización, de diferenciación y especialización que informan y dan vida a la sociedad y la cultura moderna de occidente, que han organizado la vida social e impuesto un nuevo orden, fundamentado en la legitimidad racional, han encontrado en la burocracia, no sólo uno de sus mayores productos, sino un espejo de la sociedad que promocionan. Sin embargo, pareciera que la modernidad occidental se devora a sí misma. En la búsqueda de mecanismos de producción, ordenamiento y control social que logren la administración racional de un mundo cada vez más complejo, la burocracia se presenta como el instrumento más eficaz y, al mismo tiempo, paradójico, pues exige para su funcionamiento de una razón que niega su mismo principio de constitución, razón que Ross Poole llama jurídica, que no busca ya la eficacia, sino la consistencia, "que exige la aplicación, consistente e imparcial, de los principios legales generales a los casos particulares",²⁸ que niega la innovación y creatividad en busca de un funcionamiento permanente y seguro. La máquina se presenta como el gran paradigma de la vida social, pero si bien, de un lado, la máquina se configura como el instrumento más eficaz en el desarrollo y administración de los procesos productivos que aseguran la reproducción social,

27. Ibid., pág. 53.

28. Ross Poole, *Moralidad y modernidad, El porvenir de la ética*, Barcelona, Herder, 1993, pág. 68.

por otro lado, exige de un funcionamiento continuo y sistemático. Cada parte debe cumplir con una determinada función en beneficio del todo. El hombre moderno se encuentra encerrado en esta “jaula de hierro”, llamado a encontrar su “puesto” en ella, condenado a la reproducción incesante de roles. La medida de lo humano se reduce a la capacidad de ejecución de procedimientos técnicos. Su búsqueda ya no es la del “sentido de su vida”, sino de su puesto en una totalidad social que lo atrapa y que reduce sus horizontes.

La modernidad, al expulsar lo mágico del mundo, excluyendo así cualquier finalismo de tipo mítico, religioso y tradicional, condujo al hombre moderno a una suerte de esquizofrenia. En “Las formas elementales de la vida religiosa”, Durkheim se pregunta por las condiciones de vida del hombre moderno, cuando las grandes agregaciones de sentido que articulaban la vida social, generadas en la experiencia de lo sagrado, se han retirado para dar paso a una razón que organiza lo social desde el frío cálculo de la razón instrumental. Nuevas formas de significación del mundo, expresadas en los particularismos de tipo religioso, étnico, cultural, de género, aparecen hoy frente a esta deshumanización que acompaña a los procesos de racionalización y especialización crecientes, frente a un mundo que ha desencantado su propio desencantamiento, al decir de Vattimo. La emergencia de nuevos actores y nuevos sentidos desafían el totalitarismo del proyecto de las luces que reduce al hombre a un ser abstracto, libre de pasiones; a ese hombre encerrado en un “estuche [que] ha quedado vacío de espíritu, quién sabe si definitivamente”.²⁹ La “jaula de hierro” weberina, metáfora del mundo moderno, de una vida social que se resuelve en la disciplina y el cumplimiento de expectativas y comportamientos establecidos, de un hombre marcado por la ética de la responsabilidad, nos da cuenta de un mundo vacío, sin horizontes, pues ya “nadie sabe quien ocupará en el futuro el estuche vacío, y si al término de esta extraordinario evolución surgirán profetas nuevos y se asistirá a un pujante renacimiento de antiguas ideas o ideales; o si, por el contrario, lo envolverá todo una ola de petrificación mecanizada y una convulsa lucha de todos contra todos. En este caso, los ‘últimos hombres’ de esta fase de la civilización podrán aplicarse esta frase: ‘Especialistas sin espíritu, gozadores sin corazón: estas nulidades se imaginan haber ascendido a una nueva fase de la humanidad jamás alcanzada anteriormente’”.³⁰ En su ejercicio académico, Weber no mostró salidas, sino posibles desarrollos; ahora, frente a las nuevas condiciones sobre

29. Max Weber, *La ética protestante...*, op. cit, pág. 259.

30. Ibid., págs. 259-260.

las que se desarrolla la vida social y cultural, nos toca a nosotros descubrir esos posibles desarrollos.

Una segunda modernidad

Las reflexiones weberianas muestran que el desarrollo de la vida social, económica, política y cultural occidental moderna se produce bajo la lógica de la acumulación, propia de mundo capitalista. La creciente complejización de la realidad social exige de un conjunto de dispositivos cada vez más especializados que permitan la reducción de la complejidad: descomplejización por complejización. Este hecho hace que se desplace el sentido de la política como apuesta subjetiva, construcción valorativa y proyección societal hacia el ejercicio de la política como mera actividad administrativa: la política se reduce a la tecnocracia, el poder de la técnica. La actividad política se circunscribirá al ejercicio administrativo dentro de un aparato burocrático cada vez más abultado. Esta acumulación de los recursos técnicos-administrativos de dominación frenará las posibilidades de innovación propias del proyecto moderno y de la política misma. En este sentido, cabe arriesgar una tesis: la modernidad no ha muerto, se ha detenido; la carga que arrastra le impide seguir adelante. Para sobrevivir, la modernidad recurre a su propia estrategia: la diversificación.

Esta estrategia de sobrevivencia de la modernidad no constituye sólo la respuesta a su propio proceso de acumulación, sino también a la entrada en crisis del sujeto racional abstracto en el que se fundamenta y a la emergencia de nuevas irracionalidades que no logran ser atrapadas por los dispositivos burocráticos modernos. Para poder avanzar, la modernidad se diversifica a través de un diálogo con estas nuevas irracionalidades que exigen su puesto en el mundo. Se configura así un nuevo sujeto fruto del diálogo entre racionalización y subjetivización. En este contexto, la relectura sobre la modernidad de Touraine³¹ y las propuestas de Vattimo³² adquieren pleno sentido: una segunda modernidad, presente también en los planteamientos agrupados bajo la rúbrica de "otras modernidades".³³

31. Cfr. Alain Touraine, *Crítica de la modernidad*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2ª edición, 1993

32. Cfr. Gianni Vattimo, *La sociedad transparente*, Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona, 1990.

33. Ejemplo de ello lo constituyen Néstor García Canclini y Bolívar Echeverría.

Lejos de agotarse, tenemos modernidad para rato. Una segunda modernidad que ha superado el pesimismo de una de las corrientes del pensamiento postmoderno que vaticinaba el declive definitivo del proyecto moderno, o la espera habermasiana de una modernidad que no logra completarse. Se abre así un nuevo escenario para el ejercicio de la política en su sentido más profundo: el de acontecimiento, irrupción de sentido, construcción valorativa. Nuevos sujetos y actores pueblan el escenario político actual, cada uno portador de un proyecto socio-político propio, fruto del diálogo entre sujeto y razón: mujeres, niños, ancianos, homosexuales, gays, negros, indios, ecologistas, levantan sus voces en exigencia de reivindicaciones que van más allá de las meras demandas de corte económico. Se abre la posibilidad de un ejercicio del poder carismático como fuente de renovación social. Lo que sí no podemos admitir son aquellas formulaciones que, en un rechazo a raja tabla de la modernidad, recuperan sentidos ligados a la añoranza de una comunidad fundamental: seductor neorromanticismo político que busca devolvernos a las ataduras de lo mítico, lo tradicional o lo religioso.

Bibliografía

Giddens, Anthony

1997 *Política, sociología y teoría social*, Trad. Carles Salazar Carrasco, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S. A., 1° edición.

Honigshheim, Paul

1977 *Max Weber, Apuntes sobre una trayectoria intelectual*, Buenos Aires, Editorial Paidós.

Poole, Ross

1983 *Moralidad y Modernidad, El porvenir de la ética*, Barcelona, Herder.

SimuncL, Georg

1986 *Sociología I*, Madrid, Alianza Editorial.

Touraine, Alain

1993 *Crítica de la modernidad*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2° edición.

Vattimo, Gianni

1990 *La sociedad transparente*, Ediciones Paidós Ibérica S.A., Barcelona.

Weber, Max

1973 *Ensayos sobre metodología sociológica*, Argentina, Amorrortu editores, 4° reimpresión 1993.

Weber, Max

1964 *Economía y Sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2° ed., 1° reimpresión, Colombia, 1997.

Weber, Max

1967 *El científico y el político*, Trad. Francisco Rubio Llorente, Madrid, Alianza Editorial.

Weber, Max

1994 *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Barcelona, Península, 13ª edición.

Weber, Max

1942 *Historia económica general*, trad. Manuel Sanchez Sarto, México, Fondo de Cultura Económica.

Zeitlin, Irving

1982 *Ideología y teoría sociológica*, Argentina, Amorrortu editores, 1970, Quinta reimpresión.